

Gaal Dornick conocía Trantor, la enorme capital del Imperio a través del hipervideo y de las pantallas de los noticieros tridimensionales que recibía en su mundo al borde del Cúmulo Azul. En la Enciclopedia galáctica se leía que toda la superficie de Trantor -cerca de dos mil doscientos millones de kilómetros cuadrados- era una sola ciudad. Así lo comprobó Gaal cuando al desembarcar después de su viaje hiperespacial se encontró con un planeta de metal en donde no se sabía exactamente si era de día o de noche. "No pudo ver el suelo -se lee en la novela de Isaac Azimov-. Estaba perdido en las complejidades cada vez mayores de las estructuras hechas por el hombre. No pudo ver otro horizonte más que el del metal contra el cielo, que se extendía en la lejanía con un color gris casi uniforme y comprendió que así era en toda la superficie del planeta. Apenas se podía ver ningún movimiento -unas cuantas naves de placer se recortaban contra el cielo- aparte del activo tráfico de los miles de millones de hombres que se movían bajo la piel metálica del mundo".<sup>1</sup>

La visión de Gaal no obedecía simplemente a una representación física de la ciudad sino sobre todo a su imagen mental y simbólica. En el centro de un Imperio en decadencia, subterráneo y alejado de las necesidades exteriores estaba el palacio del Emperador, que como si se tratase de un nuevo Paraíso estaba rodeado de increíbles hectáreas de tierra verde, aguas y animales.

También al centro de la ciudad prehelénica estaba el Palacio del Tirano. Así lo demostró bellamente J.P. Vernant en su libro sobre el pensamiento griego. Sin embargo, el centro físico de la distribución espacial lo que dibujaba era el centro dominante alrededor del cual giraba la vida de sus súbditos y la representa-

# PUERTAS Y UMBRALES DE LA CIUDAD

Germán Rey

Profesor en la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana.

Dirección: Carrera 7ª Nº 43-82, Edificio Valtierra, piso 7, Santafé de Bogotá, Colombia. Telf: 2883788

ción urbana. Como en la imagen del panóptico desde el cual se ve todo pero se esconde quien observa, la ciudad prehelénica dependía del fulgor del déspota. Unida íntimamente a la ciudad, la palabra estaba igualmente represada, amurallada por la prepotencia del señor y la servil diligencia de sus archivistas. No existía comunicación pública sino los arcanos imperii, el resguardo oculto del lenguaje. Los amanuenses y escribas eran los encargados de guardar celosamente un discurso que se

negaba a sí mismo, que no transcurría libremente en el intercambio de las significaciones sino que reposaba en la escritura de unos pocos enrollados en su propio narcisismo. No eran, en fin, tiempos de democracia.

La polis, por el contrario, significará la aparición de la figura -física y simbólica- del ágora, de la plaza como lugar de encuentro, de intercambio de las diversas perspectivas y puntos de vista de los miembros de la ciudad. El absolutismo

evocado en una denominación concéntrica y constrictiva de la ciudad cede ante una nueva relación humana que siendo de iguales dejaba por fuera a aquellos que por no tener dominio del discurso no podían ser considerados como miembros efectivos de la ciudad. El discurso, apresado en los órdenes del Tirano había implosionado de cierta forma; se podía ahora construir y reconstruir en la conversación democrática. No sólo era posible una exploración por la palabra sino que ella misma era una condición indispensable para la existencia del sujeto.

Comunicación y vida pública entrarán desde entonces a formar parte central en la conformación de la ciudad inclusive hasta llegar a la situación dramática que prevé Virilio en que el espacio público en la ciudad sea devorado por la imagen pública. La electrónica massmediática absorbiendo todo nomadismo e instaurando un nuevo sedentarismo domiciliar.

Richard Sennet acoge una línea similar de análisis en su obra "El declive del hombre público", cuanto utiliza las variaciones del lenguaje y de la moda para mostrar transformaciones que en el dominio de lo público se vivieron en grandes urbes como París y Londres a partir del siglo XVII. Si en el siglo XVIII la persona se volvió una figura en un paisaje inventado que en la calle debía reflejar lo más exactamente quién era, es decir, lo que Sennet denomina "vestir el cuerpo como un maniquí", también por esos mismos años

las pinturas sobre el rostro o las pelucas empolvadas fueron el intento más evidente de borrar el carácter individual de una persona. Como sabemos tanto por los fisionomistas como por cartógrafos, son numerosos los signos que permiten interpretar los laberintos de un rostro o de un paraje. Lo extraordinario del esfuerzo de Sennet es que une varias semiologías para desvelar los recorridos de lo público en la ciudad. Lo urbano transcurre entonces no únicamente por sus circunstancias físicas sino por los pliegues de las faldas, los descotes de las damas y como lo veremos más adelante, por lugares como los shopping center, las pantallas de video, los cafés y los clubes.

En **La condición humana**, Hannah Arendt distinguió y relacionó de manera singular las esferas de lo público y lo privado a la vez que hizo un rastreo sorprendente de las modificaciones sufridas por las dos comprensiones de los griegos. Fue el nacimiento de la ciudad-Estado lo que significó que el hombre recibía además de su vida privada, su bios politikos. De todas las actividades presentes en las comunidades humanas sólo dos se consideraron políticas y aptas para constituir el bio politikos: la acción (praxis) y el discurso (lexis). Así, "la polis fue el más charlatán de los cuerpos políticos". "Ser político -escribe- vivir en una polis, significaba que todo se decía por medio de palabras y de persuasión, y no con la fuerza de la violencia".<sup>2</sup> Si en la sociedad prehelénica el discurso estaba enclaustrado bajo

el poder del Tirano y sus amanuenses en la polis los esclavos y los bárbaros estaban excluidos de una forma de vida en la que el discurso tenía y daba sentido a la existencia.

Lo público significa para Arendt "que todo lo que aparece en público puede verlo y oírlo todo el mundo y tiene la más amplia publicidad posible" pero además que tenemos un mundo propio, común a todos y diferenciado de nuestro lugar poseído privadamente en él. Con lo que lo público está asociado a una suerte de luz que hace resaltar los objetos, que transforma lo incierto y lo oscuro inclusive los pensamientos de la mente, las pasiones del corazón y las delicias de los sentidos. Todo lo que conforma los encantos de la intimidad.

Las metáforas utilizadas por Hannah Arendt para hablar de lo público son luminicas. Se trata de una luz "dura" que hace que las cosas "surjan de la oscura y cobijada existencia" (las cosas al abrigo de lo privado, al calor del hogar o de las propias reminiscencias íntimas) y de las cuales incluso deriva la luz "crepuscular" que "ilumina nuestras vidas privadas e íntimas". Acudir a la intensidad de la luz es jugar con lo oculto y lo develable, lo que aparece y se esconde, con la exhibición y el ocultamiento, pero también acudir con una asombrosa premonición a miradas más contemporáneas sobre la conformación del conocimiento a través de luces tenues, de opacidades y densidades o a la recomendación rilkeana al joven poeta de retirarse

## ***"Lo urbano transcurre ...***

*no únicamente por sus circunstancias físicas sino por los pliegues de las faldas, los descotes de las damas ...los shopping center, las pantallas de video, los cafés o los clubes."*

del estrépito del mundo a las zonas crepusculares de la infancia. Sin duda una referencia obligada ante este panorama metafórico es la de la presencia de los medios en la manifestación del dominio público y por tanto la recurrencia del tema de la ciudad vista a través de las pantallas o de la vida urbana cada vez más “voyerizada” por los entramados de la visión electrónica. Es apenas obvia la recurrencia a la ventana videográfica como escenario de representación o teatro mundi, a sus reflejos espectaculares, a su actividad espectacular y al discurrir de historias-historias urbanas, historias consumidas por los habitantes de la ciudad- programas televisivos relatados como ejemplificadores de los sentimientos o los deseos de los pobladores de la ciudad. Probablemente una de las formas de habitar hoy la ciudad es la de los consumidores de televisión, esa comunidad móvil que se relaciona privadamente con la programación, pero que en sus rutinas cotidianas se sienten identificados públicamente como televidentes. Creo que existe una gran similitud entre esta comunidad de televidentes y la definición que hace Sennet de la ciudad como un medio donde es posible que los extraños se encuentren. Las audiencias no son bloques homogéneos de receptores sino agrupaciones de extraños, de forasteros. “Para que un forastero suscite la creencia debe atravesar una barrera y hacerse creíble según los términos familiares utilizados por aquellos que están en el interior”.<sup>3</sup> La actividad televisiva lo permitiría. Más adelante ratificará que una situación urbana puede ser concebida como aquella “en la que los extraños se encuentren en forma rutinaria”.

Desfavorecidos frente a una ciudad incomprensible la televisión permite hablar desde una perspectiva personal de lo mismo, con lo que ciertos sectores de la sociedad dominarían un sistema de significación

que los uniría a sus semejantes ya que otros lenguajes y prácticas urbanos están totalmente excluidos. El cable aumentaría sensiblemente este sentido de pertenencia comunitario: ahí están los que prefieren ver videoclips o programas religiosos en un mundo que en algunos momentos ha venido a menos el fervor de los creyentes.

“Sin embargo -escribe Arendt- hay muchas cosas que no pueden soportar la implacable, brillante luz de la constante presencia de otros en la escena pública; allí únicamente se tolera lo que es considerado apropiado, digno de verse y oírse, de manera que lo inapropiado se convierte automáticamente en asunto privado. Sin duda, esto no significa que los intereses privados sean por lo general inapropiados; por el contrario, veremos que existen numerosas materias apropiadas que sólo pueden sobrevivir en la esfera de lo privado. El amor, por ejemplo, a diferencia de la amistad, muere, o mejor dicho, se extingue en cuanto es mostrado en público”.<sup>4</sup>

Quienes están presentes en el mundo público lo están desde posiciones diferentes. El mayor enemigo del mundo común es precisamente ver sólo bajo un aspecto, comportarse como miembro de una familia. “Sólo donde las cosas pueden verse por muchos en una variedad de aspectos y sin cambiar de identidad, de manera que quienes se agrupan a su alrededor sepan que ven lo mismo en total diversidad, sólo allí aparece auténtica y verdaderamente la realidad mundana”, escribe Arendt.<sup>5</sup>

En su carácter retórico y discursivo, en su condición de luz que hace aparecer las cosas o en su naturaleza de lugar de convocatoria a todos desde lo heterogéneo, el dominio público se relaciona intensamente con la comunicación. La aseveración contraria también es posible.

Todo intento de democratización, de delineamiento fortalecido del tejido público precisa de otro tipo de comunicación, menos estratégica y mucho más dialógica. La opacidad cotidiana que la factura burocrática opone a los derechos del ciudadano sería una manera de negar la transparencia, señala Paolo Flores D’Arcais. La oscuridad intoxica a la democracia.

En dos brillantes ensayos George Simmel acude a las figuras de la puerta, el puente, la ventana, el plato y la fuente para dibujar las ligazones y separaciones que el hombre produce, así como perfilar la distinción entre lo más propiamente individual y lo común. Si la plaza ha sido uno de los íconos de lo público que con el tiempo ha perdido su función de encuentro para resaltar más la de paso, la puerta separa de manera bastante tajante el ámbito de la vida pública asociada con la calle (fuera) del reducto más propiamente privado. Los umbrales, por el contrario son espacios de intersección de lo público y lo privado, intermitencia preparatoria de nuevos comportamientos y diferentes derechos, lugares de extrañas confluencias.

“El hombre es el ser fronterizo que no tiene frontera. El cierre de su ser-en-casa por medio de la puerta significa ciertamente que separa una parcela de la unidad ininterrumpida del ser natural. Pero así como la delimitación informe se torna en una configuración, así también su delimitabilidad encuentra su sentido y su dignidad por vez primera en aquello que la movilidad de la puerta hace perceptible: en la posibilidad de salirse a cada instante de esta delimitación hacia la libertad”.<sup>6</sup>

Cayeron más rápidamente las puertas de la ciudad que las de la casa. Los bárbaros o fueron dominados o traspasaron los límites de los mundos cerrados. Ya no fueron ne-

cesarios los guerreros puesto que existían los mercaderes; el mundo y con él la ciudad empezó a desterritorializarse. En “Prácticas ecosóficas y restauración de la ciudad subjetiva” F.Guatari corrobora que “el ser humano contemporáneo se encuentra fundamentalmente desterritorializado. Sus territorios existenciales -sostiene-, originario -cuerpo, espacio doméstico, clan, culto- ya no están arrumados en un suelo inmutable sino enganchados, en lo sucesivo, a un mundo de representaciones precarias y en perpetuo movimiento”.<sup>7</sup> Con lo que la superación del actual impasse planetario para el autor tendrá que ver con la forja de nuevas tierras transculturales, transnacionales, transversalistas y con “universos de valor liberados de la fascinación del poder territorializado”.

La ventana, aunque está emparentada con la puerta, está ahí para mirar de adentro afuera; no lo contrario. “La ventana -escribe- elabora la ligazón entre lo interior y lo exterior ciertamente gracias a su transparencia, por así decirlo, crónica y continúa; pero la dirección unilateral en la que discurre esta ligazón, así como la limitación al hecho de ser sólo un camino para la vista, hace que a la ventana corresponda una parte profunda y fundamental de significación de la puerta”.<sup>8</sup>

La video mirada es una de las formas con que cuenta el ciudadano contemporáneo para hacerse una figuración de la ciudad. Esta ciudad videográfica funciona como un montaje, una edición de la ciudad. Si de la plaza se ha pasado al parque y al teatro como lugares de la convergencia pública, si en su momento como ilustra Sennet aparecieron en Inglaterra y en Francia en el siglo XVIII las casas de refrigerio y los clubes, estos últimos como la primera institución creada “específicamente para

el habla privada”, el video ha sido en este siglo uno de los medios para promover lo visto por todos pero a la vez para levantar las barreras inexpugnables de lo privado o inclusive para generar una de las más poderosas formas de control modernas: la visiónica. Lo será aún más en el futuro como lo ha señalado F.Guatari al decir que uno de los motores importantes de las futuras transformaciones urbanas radicará sobre todo en la reunión entre el audiovisual, la informática y la telemática.

Convendría ejemplificar algunas de las afirmaciones anteriores. El lenguaje del video y la televisión con sus características de discontinuidad, fragmentación, difuminación de las fronteras de los géneros o pastiches de ellos es bastante similar a la experiencia que tiene hoy el habitante de la ciudad. No son manifestaciones expresivas que éste desconozca. Esta simpatía entre relato televisivo y vida urbana en parte explicaría el poder que tiene el video para darse como un refugio seguro y conocido, un nicho protegido en el cual su habitante conoce las reglas de su funcionamiento, una casa en la casa. La ciudad que fue hecha para durar ya no es la ciudad contemporánea, o lo es mucho menos. Como lo escribe Robert Fishman en su análisis de la nueva ciudad estadounidense, la historia urbana del último medio siglo es la crónica de la autodestrucción y la descentralización. En este sentido tanto el “zapping” como la instantaneidad televisiva sintonizan con la no perdurabilidad de la nueva ciudad. Tiene razón el autor cuando demuestra que la ciudad contemporánea, más cercana a los grandes corredores urbanos así como a las autopistas de la información, aparece atravesada por varias redes superpuestas que representan los principales puntos de destino: la red de la familia donde se encuentran los lugares que conforman

parte de la vida familiar (topologías y movibilidades familiares) y que cada vez tienen que ver menos con el barrio urbano tradicional; la red de consumo donde cada consumidor es libre de elegir su conjunto particular de preferencias entre la amplia variedad que se ofrece ya sea de mercancías o bienes simbólicos mercantilizados; la red de información, los tejidos comunicacionales y electrónicos por los cuales cada día circulan y se intercambian sus sentidos más cotidianos (desde las llamadas por teléfono hasta el pago computarizado de su nómina). El ciudadano establece contactos diferenciados con todas estas redes para construir como el televidente con su telemando, su propia ciudad. Pero así como el video hace públicos los problemas de la ciudad en medio de sus desfiguraciones e irrelevancias también los contrae privatizándolos. Es el caso del noticiero que sobrestima o tergiversa los problemas de los pobladores urbanos o del dramatizado que estereotipa los comportamientos de determinados sectores sociales negándolos en su exagerada simplificación. Pero también el video se ha convertido en un útil instrumento de la conservación privada. Es el caso de los sistemas de vigilancia dispuestos en calles y edificios, los módulos de visión de los sistemas de transporte o los paneles de vigilancia de los conjuntos cerrados. Están allí para verificar las identidades, seguir los recorridos de los visitantes. Hacer sentir el peso restrictivo de una mirada que se da cuenta de los desplazamientos, dejar constancia de lo sucedido como una memoria en que se archivan los comportamientos y las actitudes. Son los vigías y centinelas de la ciudad contemporánea conformando redes electrónicas de vigilancia. Paul Virilio demuestra que cuanto más nos acercamos a lo “lejano” tanto más nos alejamos de lo “próximo” (el pariente, el vecino, el extranjero); los medios de comunicación ocupan

# "Nuestras ciudades presentan

*abigarradas mezclas entre elementos anacrónicos  
y entradas al futuro que obviamente  
replantan el orden de su vida pública"*

un puesto importante en esta inversión de las prácticas sociales.

Entre la visiónica y la cineescenografía Virilio encuentra que nuestro destino común es "volvern film". "A la pregunta indiscreta de un periodista acerca de su domicilio -escribe en **El último vehículo**- una célebre actriz contestó: "vivo en todas partes". Mañana es seguro, con la estética, la lógica de la desaparición de lo arquitectónico, viviremos todos en todas partes, como estos animales del video-zoo, presentes sólo con su imagen en una pantalla, imágenes registradas aquí o allá, ayer o anteayer, en lugares sin importancia, periferias desmedidas de una desrealización filmica donde la velocidad audiovisual será finalmente, para la arquitectura de interior de nuestras viviendas, lo que la velocidad del automóvil era para la arquitectura de la ciudad, para el plan de desarrollo de todo el territorio. Entonces los simuladores de tierra sustituirán a los de vuelo. Encerrados en nuestros escaparates catódicos, nos volveremos teleactores".<sup>9</sup>

¿Qué tanto de estas previsiones de futuro tienen que ver con la vida de nuestras ciudades y sobre todo con la interacción entre comunicación y esfera pública en nuestra propia vida urbana? ¿Acaso no parecen tan distantes en su escenificación tecnológica e informática como las traslaciones hiperespaciales

de Gaal Dornick en la novela de Azimov?

Lejanas y cercanas de las sociedades postindustriales contemporáneas nuestras ciudades presentan abigarradas mezclas entre elementos anacrónicos y entradas al futuro que obviamente replantean sustancialmente el orden de su vida pública. Nos bastará señalar provisionalmente algunos ejemplos. Mientras grandes masas de pobladores sobreviven en la informalidad los flujos financieros transcurren y operan a través de cajeros electrónicos, tarjetas y audiofonía. Mientras en un sector de la sociedad las formas del crédito aún contemplan el trueque o la legitimidad de la palabra en los circuitos bancarios las transacciones discurren a través de información guardada en memorias electrónicas y comunicada por medio de satélite. La terrible paradoja de estos cruces conflictivos la confirma Guattari diciendo que "la constitución en red planetaria del poder capitalístico, si bien ha homogenizado sus equipamientos urbanos y comunicacionales y las mentalidades de sus élites, también ha exacerbado las diferencias de *standing* (nivel de vida) entre las zonas del hábitat mediocre para las clases medias y las zonas algunas veces catastróficas de miseria... El arrumaje del amo y del esclavo -señala un poco más adelante- del pobre y del rico, del opulento y del subdesarrollado tiende entonces a desenvolverse en el espacio urba-

no visible y en las formaciones de poder y de subjetividad alienada. La desterritorialización capitalística de la ciudad no representa por lo tanto más que un estado intermediario; se instaure sobre la base de una reterritorialización rico/pobre. No se trata pues de soñar con volver a las ciudades cerradas sobre sí mismas de la época medieval, sino de ir, por el contrario, hacia una desterritorialización suplementaria, polarizando la ciudad hacia nuevos universos de valor, confiriéndole por finalidad fundamental una producción de subjetividad no segregativa y a pesar de ello re-singularizada, es decir, a fin de cuentas, liberada de la hegemonía de la valorización capitalística únicamente orientada sobre el beneficio y la ganancia. Lo que no significa que todas las regulaciones por los sistemas del mercado deberían ser necesariamente abandonadas."<sup>10</sup>

Las costumbres políticas empiezan a variar cuando las movilizaciones electorales que se hacían en las plazas de los pueblos y ciudades son reemplazadas por transmisiones televisivas para garantizar desde la seguridad de los candidatos hasta la cobertura mayor.

El centro de la ciudad empieza progresivamente a deshacerse apareciendo otros, especialmente ligados a la vida financiera o comercial de las grandes concentraciones urbanas. La identificación física de la ciudad con la representación sim-

bólica del poder (política, eclesiástico, militar) es ya sólo una memoria retraída de otras formas de relacionarse, probablemente más colonial o inclusive republicana. Se viaja al centro como en un retorno al pasado que aún no termina de transformarse. Después de 1945 en la ciudad estadounidense empiezan a hacerse obsoletos los conceptos de centro y periferia.

Crecen por todas partes lo que ya se conoce como las "iglesias electrónicas", donde las creencias adoptan la forma de la reiteración visual o sonora, la convocación carismática de locutores y telepastores que durante todo el día recuerdan a sus fieles los mensajes de la buena nueva y las premoniciones de los días del juicio.

Mientras el espacio público se restringe por una reducción del sentido del ciudadano, ciertos sectores sociales de clase media y alta se refugian en sus construcciones cada vez más cercadas buscando aislarse de la inseguridad y la violencia de las calles. No se debe tomar como una casualidad o una simple estrategia inmobiliaria el crecimiento en los últimos años en Bogotá y sus cercanías de la oferta de clubes de todo tipo. Desde los clubes ejecutivos hasta los de recreación familiar. El mismo Sennet escribe que "los clubes de mediados del siglo XVIII estaban basados en la idea de que el lenguaje otorgaba más placer cuando uno había seleccionado el público, exclu-

yendo aquellos cuyas vidas personales fuesen ajenas o desagradables. En ese sentido los clubes eran privados. La privacidad significaba que la charla era agradable sólo cuando se podía controlar a quién se hablaba .. Lo primero que se quería saber no era qué se decía sino quién estaba hablando. El resultado inmediato fue que la corriente de información se volvió fragmentada".<sup>11</sup> Un estudio sobre esta proliferación de clubes, de su desplazamiento hacia ciertas zonas que de inmediato son dotadas de un fuerte sentido elitista (lo que las revistas del corazón, ese otro fenómeno de las relaciones comunicación-vida pública denominan lo "in' frente a lo "out"), de la perseverancia de antiguos rituales y la aparición de nuevos nos podría dar valiosas pistas para profundizar en el problema que aquí se plantea. Es obvio que el club hoy sigue representando un ámbito privado que permite el encuentro de pares, la persistencia de cierta vida pública jibarizada (lugar de celebración ante la vista de otros), el lugar donde se combina el mundo de negocio con las nuevas ceremonias del cuerpo atlético y sano y el garante de una red de relaciones casi siempre endogámicas. Aún llama la atención la manera en que los candidatos a socios son sometidos al reconocimiento público antes de su ingreso al club. En lugar visible ("se pondrá en lugar visible", para darle forma pública) la hoja de vida del peticionario con su fotografía y sus datos básicos de identidad entre los que sobresalen especialmente sus

cargos y oficios. En secreto será votado su ingreso a este ámbito privado.

Muchas otras signicas podrían intentar revelarse. Por ejemplo la disposición espacial de los aeropuertos alrededor de las pantallas de televisión donde la monotonía y el temor de la espera o la efusividad de los recibimientos producen un ruido latente más que un efecto pretendidamente publicitario o mercantil. O la aparición en nuestros buses de línea, en las flotas "climatizadas, con azafata y betamax", de una programación de video en que se confirman las rutas del gusto popular que van desde Vicente Fernández "El Rey", hasta Van Damme, Charles Bronson o Terminator. Al contrario de quienes añoraban la música de Leo Marini o de Olimpo Cárdenas en estos trayectos intermunicipales lo que se sigue manteniendo en estos viajes es una dinámica singular del gusto que antes pasaba más decididamente por la música y ahora lo hace por el video. Con lo que se ratifica su papel en el perfil de una cierta comunidad de intérpretes que hoy encuentran su afiliación en determinados géneros, temas o protagonistas del cine y la televisión.

Como ya lo he señalado en algún otro trabajo, los micrófonos abiertos de la radio, las complacencias musicales, las cartas a los buzones de las Programadoras de televisión, son canalizaciones de cierta expresión pública facilitada por manejos aberrantes de la comunicación. Más allá de la propia intención de los productores o de las condiciones monopólicas de los medios las audiencias corrigen los cursos de la programación radiofónica o televisiva imaginando la participación allí donde precisamente está bastante restringida.

## *"... las audiencias*

*corrigen los cursos de la programación radiofónica o televisiva imaginando la participación allí donde precisamente está bastante restringida"*

## METACIUDADES Y NUEVOS SEDENTARISMOS

En la orilla de la galaxia, en Términus, un grupo de tráfugas tenían como oficio escribir una Enciclopedia para disminuir, por lo menos en algunos miles de años, el desastre de la caída del Imperio. Sicohistoriadores, sacerdotes, mercaderes y magos fueron sus actores. En **Fundación e imperio**, el segundo volumen de la llamada **Trilogía de Trántor** Lathan Devers arribó al planeta rodeado de diez mil estrellas. “Pero era más que un planeta; era el latido vivo de un imperio de veinte millones de sistemas estelares. Tenía una sola función: la administración; un sólo propósito: el gobierno, y un sólo producto manufacturado: la ley.

El mundo entero era una distorsión funcional. No había en su superficie otros objetos vivos que el hombre, sus animales domésticos y sus parásitos. No podía encontrarse ni una brizna de hierbas ni un trozo de suelo sin cubrir fuera de los doscientos kilómetros cuadrados que ocupaba el Palacio imperial. Fuera del recinto del palacio no existía más agua que la contenida en las vastas cisternas subterráneas que suministraban el líquido elemento a todo un mundo.

El lustroso, indestructible e incorruptible material que constituía la lisa superficie del planeta era el cimero de las enormes estructuras de metal que abarrotaban Trántor. Estas estructuras estaban conectadas por aceras, unidas por corredores, divididas en oficinas, ocupadas en su parte inferior por inmensos centros de venta al por menor que cubrían kilómetros cuadrados, y en su parte superior por el centelleante mundo de las diversiones, que cobraban vida todas las noches.

Era posible dar la vuelta al mundo de Trántor sin abandonar este único edificio conglomerado ni ver la ciudad.”<sup>13</sup>

En la era paradójica, la vieja ciudad se convierte poco a poco en *Metaciudad*. Paul Virilio la ha descrito como una aglomeración más o menos teletópica donde las relaciones de contigüidad ceden a las interrelaciones a distancia. Cuando en **La máquina de la visión** dibuja el porvenir ya en proceso de la vida urbana Virilio acude nuevamente a las metáforas lumínicas que había utilizado Arendt y agrega una nueva: la velocidad. La ciudad va siendo suplida por terminales de recepción de anuncios a domicilio hacia los cuales se desplazan “la vigilancia y la iluminación”. Este desplazamiento da lugar a una progresiva pérdida de autonomía de la esfera privada. Los haces de luces, especies de focos de búsqueda, se colocan sobre los encantamientos de la vida privada, esos mismos a los que Lacan se refirió cuando comparó varias formas de la intimidad con signos herméticos y esotéricos (sellos, disfraces, heráldicas, encantamientos). Como Trántor el mundo es un gran edificio metálico en el que se ha perdido la ciudad. “A los cambios en el espacio público -ha escrito Martín Barbero- en las relaciones entre lo público y lo privado que produce una “nueva” ciudad, hecha cada día más de flujos, de circulación y de informaciones, pero cada vez menos de encuentro y comunicación”.<sup>14</sup>

Los medios de transmisión instantánea ya no necesitan de la movilidad de las personas sino de su movilidad en el puesto. De la ciudad teatro de las actividades humanas se está pasando a las megápolis mediáticas que pueden reunir a distancia a los individuos. “Teleadquisiciones, teletrabajo a domicilio, *cocooning*, *smart house*, *smart building*; la urbanización del espacio

real de los territorios europeos se sustituye ahora por esa repentina ‘urbanización del tiempo real’, que no es otra cosa que la del cuerpo mismo del ciudadano, ‘ciudadano terminal’, sobreequipado de prótesis de todo tipo y cuyo modelo patológico es la ‘minusvalía motorizada’, parapléjica o tetrapléjica. Figura catastrófica de una individualidad que ha perdido, con su natural motricidad, su propia facultad de intervención inmediata y que se abandona, a falta de algo mejor, a las capacidades interactivas de los receptores, de los sensores y de los aparatos de control a distancia que hacen de él un ser sometido a la máquina con la que dicen ‘dialoga.’”<sup>15</sup> Las prótesis audiovisuales acompañarían el hundimiento de la consolidación mnémica, a la vez que evitarían siquiera partir.

Frente a este panorama, a esta visión que también Gaal Dornick tuvo al subir a su torre de observación en la Trántor hundida en tierra, recobra vitalidad la propuesta guattariana de construcción de la “Ciudad Subjetiva”, es decir, de aquella que rehabilita la singularidad y la complejidad de los objetos del deseo humano, la que en sus palabras libera de un falso nomadismo que en realidad nos deja sobre el mismo lugar “en el vacío de una modernidad exangüe, para acceder a las líneas de fuga del deseo a las que nos invitan las desterritorializaciones maquínicas, comunicacionales, estéticas,” aquella que combina la organización compleja de la sociedad con una ecología mental y de relaciones interpersonales de nuevo tipo.

Una ciudad, en fin, que en su proyecto, también futurista, reconquiste la mirada de la infancia y de la poesía en “vez de la óptica seca y ciega en el sentido de la vida del experto y del tecnócrata” y que produzca una subjetividad donde se inven-

ten una nueva escucha del otro en su diferencia y una "nueva dulzura".

Algo debe haber ocurrido en la experiencia social de lo público, cuando por ejemplo, los teatros de cine han ido desapareciendo para convertirse en esos lugares que reconstruiría un toponálisis como recorrido por los lugares donde hemos vivido nuestras soledades íntimas según la perspectiva bachelardiana. El que este sea un hecho generalizable en las ciudades latinoamericanas lo ratifica el estudio de Héctor Schmucler y Patricia Terrero sobre el Buenos Aires de 1970-1990. Los últimos años han convertido a los barrios de Bogotá en un cementerio de cines entre otros motivos porque muchos de ellos han perdido su condición residencial. No es simplemente un problema demográfico o de recomposición física de la ciudad. Tiene que ver con la definición de las maneras y los espacios de encuentro, las mutaciones del uso del tiempo, el repliegue privatizante del ciudadano que se acopia de videos en sus tiendas como si hiciera provisiones ya no para el invierno sino para su tiempo libre, las distancias que cada vez son más difíciles de franquear con relativa facilidad.

NOTAS.-

1. Azimov, I. Fundación. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1984, p. 18.
2. Arendt, H. La condición humana. Barcelona: Paidós, 1992, p. 40.
3. Sennet, R. El declive del hombre público. Barcelona: península, 1978, p. 65.
4. Arendt, H. La condición humana, pp. 60-61.
5. Arendt, H. La condición humana, p. 66.

6. Simmel, G. Puente y puerta: El individuo y la libertad. Barcelona: Península, 1986, p. 34.
7. GUATTARI, F. El constructivismo guattariano. Cali: Universidad del Valle, 1993, p. 207.
8. Simmel, G. Puente y puerta, p. 32.
9. Virilio, P. *El último vehículo*. En: Videoculturas de fin de siglo. Madrid: Cátedra, 1990, p. 43.
10. Guattari, F. Opus cit.
11. Sennet, R. El declive del hombre público, p. 110.
12. Rey, G. "Los instrumentos de la levedad". En *Intermedios* 6, México, mayo 1993.
13. Azimov, I. Fundación e imperio. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1985. 0.72.
14. Martín Barbero, J. "Comunicación y ciudad: entre medios y miedos". En *Imágenes y reflexiones de la cultura en Colombia*. Bogotá: Colcultura, 1991, p. 426.
15. Virilio, P. *El último vehículo*, p. 41.